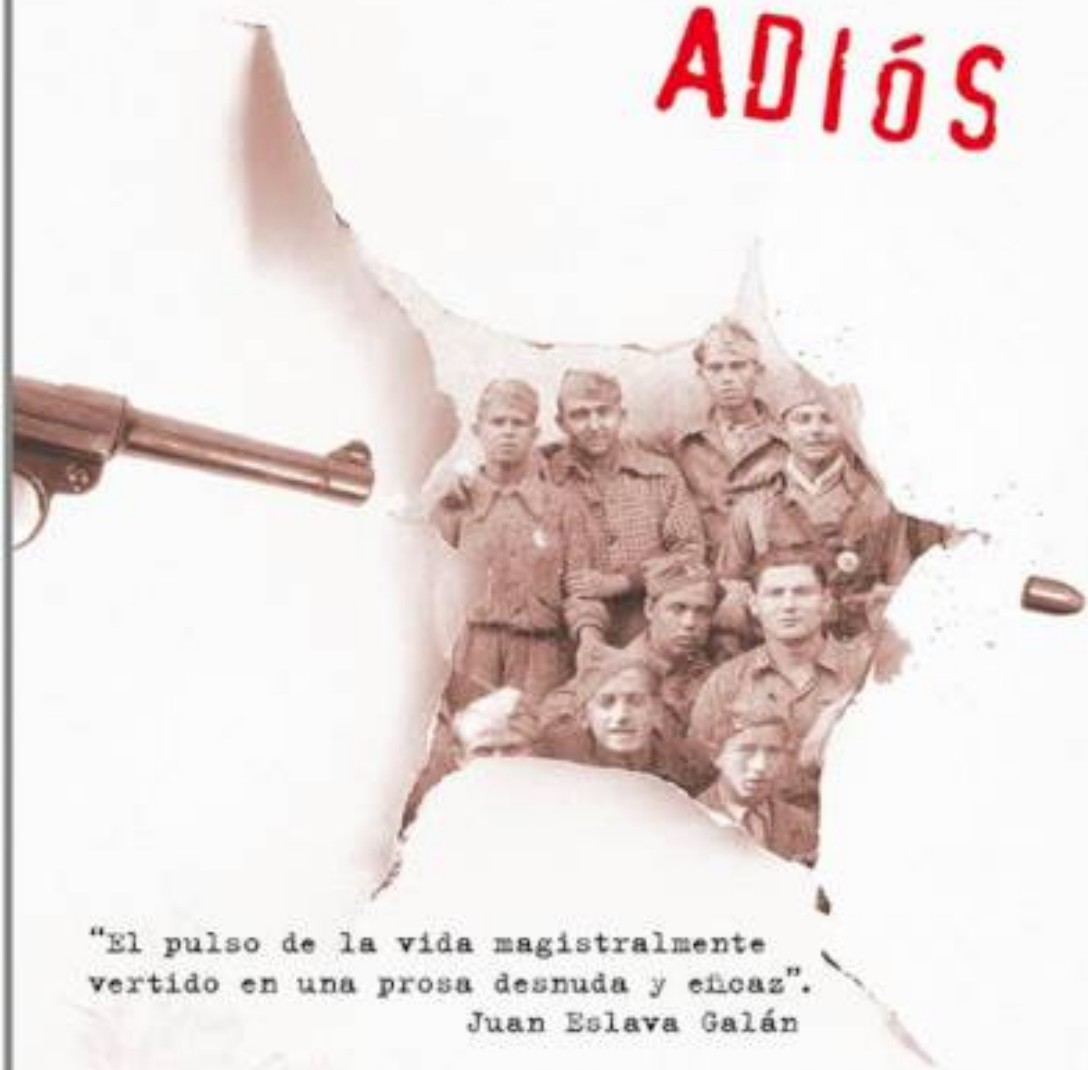


GUILLERMO GALVÁN

ANTES DE DECIRTE
ADIÓS



"El pulso de la vida magistralmente
vertido en una prosa desnuda y eficaz".

Juan Eslava Galán

En los últimos días de marzo de 1939 un extraño y clandestino comando integrado por prisioneros de un batallón disciplinario del ejército republicano llega a Madrid con la misión de rescatar un cadáver. Ni siquiera los oficiales al mando terminan de comprender una orden tan absurda en una ciudad sitiada que da sus últimas boqueadas antes de una rendición que se vislumbra inmediata.

Veintidós años más tarde comienza la década de los sesenta en una España encerrada en sí misma, que a su pesar no puede mantenerse aislada de la corriente de la historia. Es entonces cuando Dimas Tallón, policía de la Brigada de Extranjería en Madrid e hijo desencantado de un adalid del bando victorioso, se sumerge de lleno en una investigación que le revela el punto de vista de «los otros», los que perdieron, los que fueron silenciados.

Índice de contenido

Cuatro días de marzo

Cerro de La Boina

El difunto Carrachano

Pocho

El humo de los trenes

La senda de los vencidos

Abril, 1961

Los nombres perdidos

El jinete ibero

Vivos y muertos

El inocente perfil de la mentira

Una amistosa charla de domingo

Último remite

Nota al margen

Agradecimientos

Sobre el autor

*A mi padre,
in memoriam por caprichos del mercado.*

Cuatro días de marzo

Son tierras para el águila, un
trozo de planeta
por donde cruza errante la
sombra de Caín.

A. Machado. *Por tierras de Es-
paña*

Cerro de La Boina

El camión era tan acogedor como el tálamo pedregoso de una tumba, un Renault de añada más que caduca cubierto por un toldo verde, con una cruz roja pintada en el techo sobre un fondo de brochazos de cal y el emblema de la organización sanitaria rematando la chapuza en las puertas de ambos lados.

La caja del vehículo contaba con un espacio central para la camilla, sustituida en este caso por unos bidones de gasóleo de reserva, y asientos corridos de madera en tres de sus laterales a modo de pequeños arcones donde se almacenaban varias mantas, unas hogazas de pan de centeno y algunas latas de sardinas en aceite y mermelada de naranja. Mísera impedimenta para un viaje a los arrabales del infierno, en opinión de Matías Cabedo.

–En Madrid se mueren de hambre.

–Nadie se muere de hambre en unas horas –atajó de inmediato el teniente Laviana–, y eso es lo que nos llevará ir allí y regresar a Los Llanos.

Un par de días después de ser llamado al despacho del capitán Gandarias, Matías Cabedo sabía que no tenía alternativa, que estaba obligado a formar parte de la dotación humana de esa antigualla. Nada extraordinario, por lo demás, respecto a su forma de vida en los últimos años, ese ir y venir siempre a merced de acontecimientos dictados al margen de su voluntad.

Pedro Gandarias, sentado a la mesa y abstraído en la lectura de unos oficios, se había tomado su tiempo para

concederle atención. Él se mantuvo en pie, en postura parecida a la de firmes, aunque sin la marcialidad necesaria que se le supone a un subordinado. Cuando por fin el oficial alzó la mirada en su busca, Matías perfiló un escéptico gesto que se aproximaba al saludo militar.

–Tú eres de Madrid, ¿no, Cabedo?

–Allí nací.

–Pero de Madrid, Madrid.

–De ahí mismo.

–¿Qué más?

–De ahí mismo, mi capitán.

Su capitán sonrió al verle pasar por el aro de la disciplina, algo muy de agradecer en un batallón, precisamente, disciplinario.

–Bien, Cabedo, bien. Parece que vamos aprendiendo; despacio, pero algo es algo. El tuteo y los igualitarismos quedan muy bien en el frente, pero esto es otra cosa y la jerarquía se respeta. ¿Cuánto hace que no te das un garbeo por tu pueblo?

–Año y medio, mes arriba, mes abajo. Desde octubre del treinta y siete.

–Mucho tiempo es. –A Matías sólo se le había ocurrido arquear las cejas como respuesta a la evidencia—. No me digas que no le apetece a ese cuerpo serrano volver a tomarse unos tintos en la tasca del barrio.

–Ni tasca, ni barrio, ni tinto, ni Dios que lo fundó debe de quedar ya por allí, según se dice.

–¡Valiente gilipollez! ¿Quién lo dice? ¿Es eso lo que te cuentan en las cartas, Cabedo?

Cartas... Año y pico sin recibir otras palabras que las verbales órdenes de mando, y a él le estaba terminantemente prohibido escribir. El capitán de un batallón de castigo debería saberlo. Decidió pasar por alto la segunda pregunta.

–Pues todo el mundo, mi capitán, todo el mundo. Desde que volaron los pájaros gordos. Todos los vimos des-

pegar.

Los pájaros gordos. Allí mismo, en el aeródromo de Los Llanos, a medio kilómetro de sus barracones. Apenas cinco semanas antes, el 16 de febrero, el movimiento de Chatos había sido desacostumbrado y los Polikarpov de última hornada despegaban y aterrizaban con frecuencia cronométrica, como si quisieran dejar bien clarito, al menos durante unas horas, de quién era el cielo alrededor. Y abajo, los pies bien asentados sobre la dura tierra, el doctor Negrín, Miaja, Matallana, Casado, Menéndez, Escobar, Moriones, Bernal, el almirante Buiza, Camacho... Y Rojo, ya desde el exilio, por escrito. Todo el mundo lo sabía. Radio Macuto nunca tuvo mordaza. El jefe de gobierno, de regreso tras veinte días en Francia, había recibido allí mismo el desesperanzado informe de sus generales; tal vez algo más cruel: un detallado *dossier* de lealtades y discrepancias. Alguno de ellos, como Buiza, ya se había encargado de mostrar el camino pocas fechas después de aquella reunión llevándose la flota a puertos argelinos.

—Madrid, Alicante, Valencia, Cartagena... —había argumentado Gandarias—. Todavía hay posibilidades de resistir. La guerra se extenderá a Europa de un momento a otro y recibiremos apoyo internacional. Hay que organizar la contraofensiva, Cabedo. Las cosas no son como aparentan.

—Lo que usted diga, mi capitán.

—Oye, tú todavía crees en la República, en la democracia, en la revolución social, ¿no?

—No me cante por tientos, mi capitán. Vaya por lo directo.

Gandarias aflojó a carcajadas su rostro tieso.

—Tienes gracia, coño. —Abandonó la silla para ir a sentarse indolente sobre la mesa—. Y un par de huevos, para qué nos vamos a engañar. Vamos por lo directo, hombre. Sí, mejor por lo directo. —Alcanzó un cartapacio de pastas azules y leyó en voz alta lo que parecía ser su contenido—.

A ver... Fulano de Tal, nacido el tantos de tantos en Madrid. «Estudios primarios, sin profesión conocida... Ingresó en Socorro Rojo Internacional y en la CNT en agosto de 1936. Voluntario en el Cuerpo de Sanidad. Detenido en 1937 por pertenencia a una red de falsificación de documentos a favor de quintacolumnistas facciosos... Destinado al frente de Aragón, atentó contra un comisario político al que hirió de gravedad... Procesado y pendiente de juicio, ingresó en el batallón disciplinario» tal y tal, etcétera, etcétera... ¿Te suena este tipo, Cabedo?

–Será mi ficha, pero está llena de falsedades.

–Ya. ¿Conoces a este otro? Menganito de Cual, también de Madrid. Veamos... «Militante de las Juventudes Socialistas Unificadas y del Partido Comunista... Miembro de la checa de Bellas Artes y de la Brigada del Amanecer, encargada de la represión de desafectos. Detenido por exceso de celo en el cumplimiento de sus funciones, acusado de la muerte de dos monjas del convento de la Concepción Jerónima, de requisas ilegales en provecho propio, de participar en operaciones de fuga a cambio de dinero que se saldaron con el asesinato de los presuntos beneficiarios»... En fin. ¿Lo conoces?

–No sé, más de un cabrón habrá como ése, pero no me suena.

–Te leo la cabecera de este último expediente, a ver si te ayuda: «Matías Cabedo, nacido en Madrid el 10 de enero de 1914. Estudios primarios, sin profesión conocida»... ¡Qué casualidad!

–¿Qué significa eso? ¡Es una puta mentira!

–Yo te lo explico, hombre. Por lo directo, sin tientos, a tu gusto.

Como si evitase mirarlo de frente al responder, Pedro Gandarias se volvió hacia el ventanal que asomaba al aeródromo. El único aparato disponible en las últimas fechas, un Mosca de la 2ª Escuadrilla, aguardaba junto a la pista como un niño castigado en la escuela, la panza ce-

leste mirando a tierra, su verde lomo y el pingüino de su distintivo bien protegidos por sábanas de lona amarillenta. Alas, rojas alas, nervio y corazón: el viejo orgullo de la República, inactivo por falta quizá de carburante, o de esperanza; para Matías Cabedo era difícil decidir cuál de los dos combustibles resulta más fiel y duradero.

—Ya veo que estás al tanto, Cabedo, que no te digo nada nuevo. Desde la caída de Cataluña, esto es un desastre. Los facciosos están a punto de ganar la guerra, chico. Londres y París han reconocido a Franco, y en Madrid el Consejo de Defensa de Casado pierde el culo por entregar la plaza al general Varela. Y si cae Madrid, se plantarán aquí en dos días. Nosotros evacuaremos hacia Valencia o Alicante, y desde allí, quién sabe. Pero algunos os quedaréis a darles la bienvenida. Y cuando entren en estas oficinas leerán los expedientes. Ya me entiendes: en tu caso, quedará este segundo. Y ya sabes lo que te espera. Acuérdate de lo que hicieron en Badajoz y en Toledo.

—¿Será capaz de esa cabronada?

—¿Qué más? —El oficial giró sobre sus pies para recibir de cara la respuesta.

—De esa cabronada, mi capitán.

—Eso está mejor. Pues, hombre, de ti depende.

—¿De mí? Ya está quemando esas hojas.

Gandarias regresó a su asiento con parsimonia, empleando el tiempo suficiente para que Matías hallase en el adiestrado mecimiento de aquella espalda una inequívoca negativa a sus deseos.

—Con mucho gusto, Cabedo. En serio, con mucho gusto. La verdad es que quien ha redactado este expediente no podía haberlo hecho con peor follá, para qué decir lo contrario. Y el que ha preparado sobre tu hermana es por el estilo. Porque tú tienes una hermana en Almería, ¿no? —Matías había humillado la mirada para evitar que sus ojos agredieran. Y se mordió los labios por igual motivo—. Pero yo esperaba —agregó con sorna el capitán— que mi llama-

da al patriotismo calase un poco en ti, que no hiciera falta llegar a esta especie de toma y daca.

–Aquí el único que toma soy yo, por lo que se ve.

–Siéntate, Cabedo. Anda, hombre, déjate de formalidades y siéntate. ¿Hace un pito?

–Gracias, no gasto. –Obedeció, y al entrar en contacto con la superficie de la silla un escalofrío casi sólido le trepó por la espina dorsal, ese viscoso temor de siempre ante actitudes paternalistas, la familiar sospecha de la trampa.

–Me han ordenado –explicó el oficial mientras intentaba hacer funcionar su chisquero– recuperar algo que el presidente Azaña se dejó en Madrid. Algo personal, y muy importante para él.

–Azaña ya no es presidente de la República, según dicen.

–Pues, según dicen, y mientras no haya otro, como si lo fuera. –Tras una larga chupada al pitillo, Gandarias vigiló el lánguido ascenso del humo hacia la techumbre–. Pero Madrid está muy complicado, ¿sabes? Ahora, Casado es allí el rey, y los comunistas, desde que fallaron el golpe contra el Consejo Nacional de Defensa que dio pasaporte a Negrín, son gente mal vista, por decirlo de un modo elegante. –Señaló hacia su gorra de oficial sobre la mesa–. ¿No echas nada en falta en ella?

–La estrella roja.

–Miaja la suprimió por decreto hace una semana. Así pintan ahora las cosas. Tú no eres comunista, a pesar de lo que diga ese segundo expediente que te he leído, y he pensado en ti para este asunto.

–¿Me está ofreciendo ir a Madrid?

–No exactamente. Te estoy ofreciendo ir a Madrid y volver, que no es lo mismo.

–Seguro que encuentra voluntarios.

–Seguro, pero siempre he preferido elegir a mis voluntarios. Tú conoces el terreno y necesito tíos con dos cojo-

nes para esto.

—Los míos llevan en dique seco demasiado tiempo, mi capitán.

—Tú verás, Cabedo, si prefieres ponerlos a toda máquina, cumplir como un hombre y salvarte, o conservarlos aquí hasta que lleguen los moros y jueguen con ellos al truco. Personalmente, preferiría que tú mismo quemases esos expedientes a la vuelta, y salieras de aquí como ciudadano libre.

Antes de aceptar el reto, Matías Cabedo sabía que el tiempo, su tiempo, como el de tantos otros, se estaba acabando, e intuía que cualquier esperanza de sobrevivir a ese seísmo inminente pasaba una vez más por obedecer; obedecer y confiar en las propias fuerzas más que en la palabra ajena. Y ahora, en este instante, sentado en la penumbra de aquel inestable remedo de ambulancia, el ronquido doliente del motor se le antojaba anuncio de una libertad casi al alcance de la mano; la oportunidad, en el peor de los casos, de abandonar por unas horas el implacable paisaje de los últimos trece meses.

No llevaba amigos en ese camión. En realidad, amigos, lo que se dice amigos, nunca los tuvo. Ni antes ni ahora, porque una guerra no es el escenario apropiado para hacerlos, a pesar de quienes, secuestrados por el enfermo espíritu de la épica, digan lo contrario; menos aún en su propia guerra, una contienda tan particular, librada no sólo contra un ejército enemigo sino frente a un destino tan negro como el nauseabundo humo de gasoil que impregnaba el aire. Ningún amigo, todo lo más gente con quien compartir algún chiste, una charla picante o el tembleque obligado de los momentos difíciles, ese tiritar por dentro que nadie se atreve a llamar miedo más allá de la frontera de sus propios dientes. Ningún amigo. Como mucho, algún buen compañero; el último de ellos, Nelet, aquel chico de Alboraiá que perdió la cabeza durante uno de los viajes para llevar heridos de Madrid a Valencia. La perdió,

literalmente, cuando un obús entró por la ventanilla del tren como un fantasma ululante y escapó por la de enfrente sin que nadie se diese cuenta de lo que había sucedido; ni siquiera el pobre Nelet, que pasó de vivo a difunto con igual velocidad que el bólido asesino, y con una sonrisa quién sabe si dirigida a alguien conocido en el trayecto. Aquel día salieron de Madrid nueve sanitarios con ciento sesenta víctimas de la guerra y llegaron a su destino con ciento sesenta y una, y un camillero menos.

¿Por qué acudía ahora Nelet a su memoria sin ser llamado? Hacía más de dos años y se le presentaba con la vehemencia de un suceso reciente. Los muertos tienen estas cosas, que no piden permiso para hacer sus visitas. La penumbra, tal vez. Viajar a oscuras le recordaba al valenciano, porque ya no fueron lo mismo aquellas operaciones de evacuación desde que Nelet, definitivamente mutilado de aliento, se convirtió de improviso en irrecuperable primera baja de la compañía sanitaria. Buscaron a partir de ahí la alianza de la noche para evitar la macabra diversión de las baterías enemigas que cercaban desde las alturas los accesos a Madrid: luces apagadas, pulso acelerado, tablones de madera adosados a las ventanillas de la máquina para evitar que el fulgor de la combustión animase a repetir el impune juego del disparo fácil. Viajar a oscuras, como ahora bajo la lona, aunque en el exterior brillase un sol pujante, le devolvía a la lengua el agrio sabor del peligro, y a las pupilas el rostro del compañero sobre el suelo del vagón: extraviada la mirada, sin amago de terror, sin saber él mismo que ya sólo era un nombre incluido en el parte diario de bajas; la cara de un muchacho que quizá pudo haber llegado a ser amigo si el tiempo y la guerra se lo hubiesen permitido.

Pero no, no había amigos en ese camión. Eugenio Laviana, el teniente, viajaba en la cabina junto al conductor. Detrás, él y otros tres. Todos de paisano. Media docena de

hombres en busca de un olvido del presidente, o ex presidente, qué coño importaba ya, Azaña.

Antes de cruzar Albacete por esa larga vía central que patrocinó el conde de Romanones con la precisión de un navajazo rectilíneo, el sargento Burgallo ya había empezado a ponerle al tanto sobre sus dos compañeros más próximos.

Crescencio Burgallo raramente hablaba de sí mismo y, teniendo en cuenta que nadie le había enseñado a soportar los silencios, hablar de los demás era su única salida, probablemente la única oportunidad de demostrar que algo le separaba de ese estadio de simiesco primitivismo que sus facciones dejaban entrever. Quizá en un esfuerzo suplementario por cubrir las apariencias, hacía uso de un lenguaje macarrónicamente asilvestrado que provocaba furtivas risas entre quienes se veían forzados a soportarlo. No pertenecía al barracón de celdas de Matías Cabedo, como extraños a su grupo eran también el resto de camaradas a bordo del Renault pintarrajeado, y nunca hasta ahora había tenido ocasión de cruzar más de dos palabras con él, pero su figura zamba –el mico Burgallo le apodaban– siempre era un referente en la cantera. Eso cuando todavía se organizaban expediciones diarias a los campos de castigo, porque en las últimas tres semanas nadie parecía interesado en recoger el fruto de su trabajo, y la piedra triturada, a la espera de quién sabe qué noticias de los frentes de batalla, formaba hileras cada vez más numerosas de enormes y aburridos conos blancuzcos.

En el fondo, a Cabedo, Burgallo le parecía un pobre tipo atrapado a traición por el destino. Cierto que todos lo estaban, que a cada uno de ellos la vida le había tendido la indecente emboscada de la guerra en edades que merecen mejor dedicación, pero el sargento ya llegó avinagrado al treinta y seis. Nadie sabía a ciencia cierta de dón-

de había salido, aunque en caso de apuestas raramente alguien habría aceptado la posibilidad de ser paisano suyo; tan sólo que trabajó de camarero en la costa, en un pueblo cerca de Murcia, y que apenas se esforzaba por enmascarar su odio visceral a los madrileños, tal vez por el hecho de que fuera un chuleta del Foro quien le birló la novia, o la que él consideraba entonces objeto de su ardor, porque pensar que una mujer se enamorase de un personaje así era casi un prodigio imaginativo. Todas las grandes vocaciones suelen estar arraigadas en un previo y dramático desengaño, y el suyo le hizo a Burgallo cambiar bandeja y servilleta por gorra y pistolón, de forma que cuando estalló la guerra ya era un animoso chusquero con los treinta bien cumplidos.

Marcos Tobera, Marquitos, dormitaba junto a otro chico de mirada perdida en el techo que le prestaba su hombro sin aparentar molestia por el peso. Un contraste a media luz muy llamativo, como de película cómica, el gigantesco cuerpo de Tobera apoyado en la figura mínima de su almohada pelirroja y roncando con la ingenuidad de un niño: la boca entreabierta, el mondo cráneo descalabrado por un par de largas cicatrices y una sombra de patológica estupidez instalada en su catadura, recorrida ahora por los ecos de un sueño entre plácido y bronco. Para Burgallo, Tobera era uno de esos mozalbetes inculturizados –con esa frase se lo definió– que han colgado el azadón para integrarse de buenas a primeras en una brigada de choque; un palurdo sin más experiencia de la vida que lo que haya podido aprender en el belfo de las ovejas.

–Y así le ha ido –apostilló con desprecio.

Tal introducción en la venenosa boca del sargento le pareció a Matías intachable elogio más que crítica y, sin saber por qué, Marquitos empezó a caerle un poco más simpático desde ese instante.

–Hay que tratarlo con estrategia porque tiene muy mala uva y te la guarda –susurró Burgallo–. Yo creo que es un